

THOMAS HARDY

Conciudadanos

Traducción de Caroline Phipps



**Editorial
Belvedere**

Thomas Hardy
Conciudadanos

Título original: *Fellow-Townsmen*

Primera edición: junio 2009

© de la traducción: Caroline Phipps, 2009

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 7191

28012 Madrid

E-mail: editorial.belvedere@hotmail.com

Diseño de la cubierta: Leticia Esteban

ISBN: 978-84-936533-4-7

Depósito legal: M. 27.563-2009

Impreso en España – *Printed in Spain*

Fotocomposición e impresión:

Imprenta Taravilla

Mesón de Paños, 6

28013 Madrid

1

Tanto se acercaban los empinados pastos a los jardines traseros de los habitantes de la villa que un pastor en la colina este podía informar a gritos sobre el nacimiento de un cordero a otro pastor en la colina oeste, por encima de las chimeneas de la ciudad situada entre ambas y sin forzar demasiado la voz. Y por la noche, desde el mismo centro de la ciudad, era posible oír el suave mugido de las novillas en los corrales de los pastizales de abajo, así como los profundos y cálidos resoplidos en los que esas criaturas se deleitan. Sin embargo, la comunidad que se había apiñado en el valle así flanqueado, formaba una verdadera ciudad, con un alcalde, un ayuntamiento auténtico, y una industria básica.

Durante una cierta tarde lluviosa de hace treinta y cinco años, y antes de que el crepúsculo estuviera muy avanzado, un viandante con aspecto de académico que llevaba una pequeña maleta y un paraguas abierto, descendía una de esas colinas por el camino de pago cuando le adelantó un faetón.

—Hola, Downe, ¿eres tú? —dijo el conductor del vehículo, un joven de aspecto pálido y refinado—. Sube, te llevo a casa.

El otro se volvió hacia el hombre que así lo saludaba con una cara rolliza y alegre, y que reflejaba cierta tendencia a los excesos.

—Ah, buenas tardes, Barnet... gracias —dijo, y montó al lado del conocido.

Eran conciudadanos de la villa que se extendía a sus pies; aun siendo viejos y buenos amigos, las circunstancias de sus vidas eran bastante diferentes. Barnet era más rico que el joven abogado Downe, que aún luchaba por abrirse camino, y este hecho era, hasta cierto punto, perceptible en la actitud de Downe hacia su compañero, aunque nunca en el trato de Barnet hacia el letrado. La posición de Barnet en la ciudad no se debía en

absoluto a sus propios esfuerzos. Su padre había sido un emprendedor y próspero comerciante de lino con una pequeña fábrica que seguía produciendo con tanto vigor como lo permitía lo limitado de sus instalaciones. Después de hacerse con una fortuna considerable, el viejo señor Barnet se retiró de los negocios, educando a su hijo como buen *caballero-burgués* y, todo hay que decirlo, como un joven culto y de mentalidad liberal.

—¿Cómo está la señora Barnet? —preguntó Downe.

—La señora Barnet estaba muy bien cuando salí de casa —contestó el otro, reticente, mientras su atenta mirada al caballo se tornó incómoda.

El señor Downe pareció arrepentirse de su pregunta, e inmediatamente cambió de tema de conversación. Felicitó a su amigo por haber sido elegido concejal; le parecía que no se habían visto desde su nombramiento. La señora Downe había tenido la intención de visitar a la señora Barnet para felicitarla, pero él temía no haberlo hecho hasta la fecha.

Barnet parecía trabarse en sus respuestas.

—Nos hubiésemos alegrado de veros. Yo..., mi esposa estaría encantada de recibir a la señora Downe en cualquier momento, como bien sabes... Sí, soy miembro del ayuntamiento, un miembro algo inexperto, según dicen algunos. Y es verdad; debería haber declinado el honor por prematuro, precisamente ahora que tengo otros asuntos entre manos, si no hubieran insistido en ello con tanto entusiasmo.

—Hay un tema que tienes entre manos cuya necesidad no acabo de entender del todo —dijo Downe, con amistosa libertad—. ¿Para qué diantre quieres construir esa nueva mansión cuando ya tienes una casa tan excelente como en la que vives?

El rostro de Barnet se encendió, pero como el letrado había hecho la pregunta de manera distraída mientras contemplaba los rebaños y los prados que los rodeaban, al cabo de un momento contestó sin aparente disgusto:

—Bueno, nos apetecía salir de la ciudad. La casa en la que vivo es algo vieja e incómoda.

El señor Downe reconoció que había elegido un bonito lugar para la nueva casa. Desde las venta-

nas tendrán unas vistas magníficas. ¿Le iba a poner un nombre? Suponía que sí.

Barnet pensó que no. No había otra casa cerca con la que pudiese confundirse fácilmente. Prefería no ponerle ninguno.

—¡Pero me parece que ya tiene uno! —exclamó Downe—. Pasé por ahí... ¿cuándo fue? Esta mañana, y vi algo... ¡Château Ringdale, creo que ponía escrito en un tablón!

—Fue una idea que tuvo... que tuvimos hace poco tiempo —se apresuró a decir Barnet—. Pero al final decidimos prescindir del nombre, al menos de un nombre como ése. Debe de hacer una semana que lo viste. Lo retiraron el sábado... ¡Sobre esta cuestión me mantengo firme! —agregó con severidad.

Downe murmuró en tono poco convincente que le había parecido verlo ayer mismo.

Así, conversando, se adentraron en la ciudad. La calle estaba inusualmente tranquila para ser las siete de la tarde; la pertinaz llovizna marina que caía desde media tarde formaba ahora un velo alrededor de las luces amarillas, y goteaba con un sua-

ve repiqueteo sobre los pesados techos de teja de piedra que hundían las cumbreras con su peso y que, en ocasiones, hacían que las paredes de las plantas superiores se hincharan hacia afuera. Su ruta los llevó delante del pequeño ayuntamiento y del Hotel Black Bull hasta llegar a la confluencia con una callejuela a la derecha, compuesta por una hilera de esas viviendas de ladrillos con dos ventanas arriba y dos abajo, de época indeterminada, idénticas en todas partes, a excepción de la gente que las habitan.

—Espera, te llevaré hasta la puerta —dijo Barnet, cuando Downe se disponía a apearse en la esquina. Acto seguido giró por la estrecha calle, y unos metros más adelante pudieron distinguir detrás del cristal de una ventana iluminada, los rostros de tres niñas, coronados por el de una joven matrona, cuya mirada se dirigía expectante hacia la calle vacía.

—Eres un tipo afortunado, Downe —prosiguió Barnet, al tiempo que la madre y las hijas desaparecían de la ventana para correr hacia la puerta—. Si existe un hombre feliz, ese debes de ser tú. Da-

ría cien casas como la mía nueva por tener un hogar como el tuyo.

—Bueno... sí, nos llevamos bastante bien —contestó Downe, con complacencia.

—Yo no quería esa casa, Downe —estalló Barnett, revelando una amargura hasta entonces reprimida, y frenando un momento el caballo a fin de acabar su discurso antes de dejar a su pasajero—. La casa que ya tengo es bastante buena para mí, como bien has supuesto. Es de mi propiedad; la construyó mi abuelo, y es tan sólida como un castillo. En ella nació, vivió y murió mi padre. En ella nací yo, y en ella he vivido siempre; sin embargo, me veo obligado a construir una nueva.

—¿Y por qué has de hacerlo? —dijo Downe.

—¿Por qué he de hacerlo? Para conservar la paz en el hogar. Todo lo hago para eso; pero no lo consigo. Aunque me mostré firme al oponerme a Château Ringdale; no es que no hubiera soportado un nombre tan absurdo, pero me parecía demasiado tener una casa bautizada en honor a lord Ringdale, sólo porque tu esposa se encaprichara con él. Si lo supieras todo, pensarías que cualquier in-

tento de reconciliación es inútil. En tu hogar feliz no has tenido experiencias de este tipo, y Dios no permita que las tengas nunca. ¡Mira, aquí llegan todas para recibirte!

—¡Por supuesto! E igualmente tu esposa te estará esperando —dijo Downe—. ¡Tenlo por seguro! Y con una cena preparada para ti mucho mejor que la mía.

—Eso espero —replicó Barnet poco convencido mientras desplazaba el vehículo hasta la puerta de la casa que la familia del letrado ya había abierto.

Downe se apeó, pero, obstaculizado por su maleta y su paraguas, tropezó y cayó de rodillas en la cuneta.

—¡Oh, querido Charles! —exclamó su esposa, bajando a toda prisa los escalones, y, por completo ajena a la presencia de Barnet, agarró a su marido, lo puso sobre sus pies y lo besó, exclamando—: No te habrás hecho daño, ¿verdad, cariño?

Las niñas se arremolinaron en torno a él, lamentándose: «¡Pobre papá!».

—Se encuentra bien —dijo Barnet, al ver que Downe sólo estaba un poco embarrado, y miran-

do más a la esposa que al marido. En casi cualquier otro momento, y sin duda durante sus puntillosos años de soltero, la habría considerado una mujer demasiado efusiva, pero en las actuales circunstancias de su propia vida, a las que acababa de aludir, hacían que la solicitud de la señora Downe le conmoviese hasta el punto de que se le humedecieran los ojos mientras observaba la escena. Después de dar las buenas noches al abogado y a su familia, les dejó allí, y condujo despacio por la calle principal en dirección a su propia casa.

El corazón de Barnet era lo bastante impresionante como para que le influenciaran las palabras de Downe, y para pensar que quizá no sería tan mal recibido en casa como imaginaba; la noche inhóspita podría, al menos en esta ocasión, hacer realidad la predicción de Downe. De ahí que al llegar a la puerta, sintiera una ilusión que apenas creía posible. Al entrar en la casa, no vio a su mujer por ningún lado, y preguntó por ella. La criada le informó de que su ama estaba con la modista, y que estaría ocupada durante un rato.

—¡Con la modista a estas horas!

—La señora ha cenado temprano, señor, y espera que la disculpe por no acompañarle.

—Pero ¿ella sabía que yo llegaba esta noche?

—Oh, sí, señor.

—Suba y dígame que he llegado.

La criada subió, pero la señora de la casa se limitó a transmitirle las mismas palabras de antes.

Barnet no dijo nada más, y poco después se sentaba ante su solitaria cena, que se la tomó abstraído, todavía impresionado por el contraste entre la escena doméstica que había presenciado hacía poco y la situación en su casa. Dejó vagar su mente hacia épocas pasadas, hacia cierto agradable y dulce ser cuyo rostro solía surgir de las sombras en momentos como éstos. Barnet giró su silla y miró en dirección al sur con la mirada desenfocada, como si viera algo mucho más allá de la habitación.

—Me pregunto si todavía ella vivirá allí —dijo.